

CRONICA SOCIAL INTERNACIONAL

OFICINA INTERNACIONAL
DEL TRABAJO

SI es verdad que en la vida internacional los hombres suelen envejecer muy pronto, pasando como meteoros, más aprisa todavía caducan las instituciones, porque, levantadas sobre el movedizo suelo de los momentos de armonía entre los Estados, tienen en la debilidad de sus cimientos razón cercana que, lejos de sostenerlas, las cuarteo y hunda.

Salvándose de esta ley, tan general, la Oficina Internacional del Trabajo ha cumplido treinta años. Treinta, a partir del 29 de octubre de 1919, fecha en que se concentraron en Washington los representantes sociales de un mundo que aspiraba al logro de un futuro socialmente más justo y que, para empezar su tarea, demostró su capacidad trazando líneas que en los primeros Convenios quedaron como signo de perfección y ejemplo para futuros diseños sociales.

Ese aniversario, en el mundo entero, ha tenido la capacidad de evocar de modo unánime un nombre: el de Albert Thomas, primer Director que fué de la Oficina supérstite, merced a los planos nacidos del genio del Maestro.

Quede también aquí consignado su nombre, que pronunciamos con el tono del mayor respeto.

* * *

Así, con sus treinta años encima, que no la quebrantaron y le dieron más preparación y experiencia, anda ahora la O. I. T. en trajes por tierras exóticas, donde, en cumplimiento del programa pre-

visto. Ya ha llevado su actual Presidente, Mr. León T. Troclet, Ministro de Trabajo que fué de Bélgica hasta hace muy poco tiempo. Se inauguró el 18 del pasado enero la Conferencia Regional Asiática, para tratar de las cuestiones sociales más vivas planteadas en aquel continente, es decir, esencialmente, de aquellas que puedan vislumbrarse desde la sede de la Conferencia, establecida en Ceylán, lugar de paz al que es posible llegue el sofoco, pero no las llamas, del incendio de China.

De entre los problemas que constituían el programa de la Reunión, indudablemente tratados ya a estas fechas, pero cuya referencia a través de continentes, tarda tanto en llegar que ni siquiera ha aparecido en las más recientes publicaciones informativas de la Oficina, tienen especial importancia y mayor detalle los que afectan al régimen de salarios agrícolas --difícil, difícil, pero muy difícil cuestión-- y a la Organización de la mano de obra, a la que sirven de base las resoluciones adoptadas ya por los técnicos asiáticos sobre formación profesional. Entre los restantes puntos en estudio, no faltan los que afecten a la Seguridad Social, relaciones profesionales, condiciones de trabajo, etc..., a través de los cuales es muy posible se lleven al Oriente: esperanzas, o al menos preocupaciones, para el logro de un vivir más igual.

Y fuera omisión silenciar que la Memoria del Director acredita la ya conocida competencia de Mr. David A. Morse, que sin dejar de ser objetivo, hace un magistral y compendiado estudio de las circunstancias económico-sociales del Asia, en el que soslaya con gran habilidad el riesgo de su situación política.

LOS SINDICATOS

Ya está cuajada la nueva Sindical Anticomunista, preparada este verano en Ginebra y a la que, provisionalmente, se ha dado el nombre de Federación Mundial de Sindicatos Libres.

El mes de noviembre ha sido el de su alumbramiento, bastante doloroso por cierto, pues aun cuando animados de todos los Delegados de un decidido propósito unánime, el de escapar a la tendencia co-

munista impuesta por la vieja Federación, y aun el de enfrentarse con ella, había ciertas corrientes de divergencia, manifiestas desde el primer día. Tres aspiraciones de predominio se hicieron visibles: la inglesa, que invocaba para su primacía, el ser los Sindicatos británicos los iniciadores de la nueva Federación; la americana, que aducía en su favor la densidad significativa de la aportación numérica de los Sindicatos más importantes de los Estados Unidos y, finalmente, la Continental, acaso la más débil, pero a la que tampoco faltaba su argumento, la solera sindicalista de estos países europeos y ser ellos el terreno donde se juega la avanzada de la lucha anticomunista. Los recelos que cualquiera de las dos primeras soluciones pudieran levantar vinieron a resolver la discordia, precisamente en beneficio de la tercera, y fué así como se designó para la Presidencia de la Federación a M. Paul Finet, Secretario que venía siendo de la Confederación Belga del Trabajo, y se señaló a Bruselas como Sede de la Federación Internacional recién creada.

El nombramiento de Secretario y de siete Vicepresidentes, asegura la presencia en la Directiva de personas bastantes para poder acreditar la representación de las más variadas gamas en países y grupos sindicales, y así es necesario, pues esta sindical no agrupa a menos de cuarenta y cinco millones de trabajadores.

Posiblemente el «guante blanco» no ha sido rasgo esencial en las primeras reuniones: ni para ofrecer a los Sindicatos cristianos un acceso a la confraternidad, que se ha otorgado regateándolo y condicionando su presencia a la renuncia a su propia Internacional, cuando realmente llevan contraídos méritos bastantes para merecer puestos de honor en los ejércitos universales de lo social; ni tampoco al dedicar a la izquierda y la derecha su atención, dirigiendo duras palabras a los Estados soviéticos, protestando por el secuestro de los 28.000 niños griegos y prometiendo la impugnación de los regímenes totalitarios establecidos en Perú, Venezuela, Santo Domingo, Nicaragua y la Argentina. Claro es que, como puede imaginarse el lector, visto este panorama, también a nosotros, los españoles, nos tocó llevar nuestro correspondiente vapuleo.

A pesar de estas notas de color, aquéllo no ha debido de parecer a todos suficientemente «democrático», pues, desde la acera soviética,

a las imputaciones se ha correspondido desahogadamente con el insulto, y aquellos climas no se pronuncian los nombres de los dirigentes de los Sindicatos escisionistas acompañarlos del correspondiente epíteto, entre los cuales elegimos, como más presentables, los de belicistas, traidores, profascistas y esbirros del capitalismo norteamericano.

Pero, al fin y a la postre, hay una nueva sindical puesta en pie por encima de las fronteras.

BÉLGICA

Bélgica reajusta su sistema de Seguridad Social, y para hacerlo lo efectúa por arriba, mejorando las prestaciones de sus seguros de accidentes, si la necesidad lo justifica, complementando las asistencias en situaciones de enfermedad e incrementando su régimen general de pensiones.

Todo ello, realizado precisamente en unas circunstancias poco propicias, cuando se estima, en la voz general, que el sistema se halla en situación de quiebra y que los remedios puestos por la parte de afuera a la barquichuela que se enfrenta con el oleaje de la mala fortuna, sobre el que soplan alternamente los vientos del desahogo y la mala fe de los ventajistas, no son bastantes para evitar que haga agua. Remedios de este tipo son las subvenciones frecuentes para trabajos públicos, que constituyen lenitivos del paro, mal social que se viene tragando, con la exigencia de sus prestaciones, miles de millones de la muy equilibrada economía belga.

Circula por el mundo, bastante extendida, una idea alimentada unas veces por las voces rencorosas de «los de abajo»; justificada, otras, por la conducta deshonesto de «los de arriba», que es la del «patrono cerril», sordo permanente a toda clase de justicia, parálitico eterno a todo gesto de generosidad; pues bien, de ningún modo cabe en las líneas de este modelo el patrono belga. Este difícilmente busca «quebrar» una nueva cotización, escapar a una recién establecida carga social o negar el cumplimiento de una disposición; lo único que pretende es hacer más eficaz y justo su resultado. Por la vía de esta

conducta, los empresarios belgas solicitan, por su iniciativa, una revisión del sistema de Seguridad Social del país, al que contribuyen en no corta medida, puesto que de los ingresos que lo alimentan aportan ellos cantidades altas, ya que de las cuotas sobre los salarios, del 27,5 por 100 y 25,5 por 100 con que por los de obreros y empleados se cotiza, corresponde satisfacer a la empresa la fracción más alta, nada menos que el 19,5 y el 17,5 por 100, respectivamente, en el primero y segundo caso.

Buscando remedio a los males observados, ha localizado el patronato belga éstos en una serie de puntos, de los que parece el más importante el exceso de centralización estatal, con lo que se deshumanizan los seguros, apartándolos de la esfera profesional y de la empresa, lo cual, si con lo primero encarece su administración, con lo segundo deja de aprovechar un ambiente de colaboración entre empresas y trabajadores, muy oportuno desde el punto de vista social.

Brinda como remedio la Federación de Industrias belga un cambio rotundo de la Seguridad Social, que se apoye en los siguientes quicios: gestión paritaria de la misma; igualdad entre los distintos sectores profesionales; poder jurisdiccional reservado a los organismos competentes, y libertad de administración, bajo la vigilancia y normas estatales, de los fondos sociales, confiada a los organismos profesionales.

Pues es curioso comprobar cómo éstos son precisamente los principios fundamentales que rigen alguno de los sistemas de Previsión Social que existen en el mundo, con carácter obligatorio, para los trabajadores de cada rama profesional; sistema que convive con el general, más amplio, que pudiéramos decir responde a la regla de ancho marco de la Previsión Social Nacional, formando un cuadro de márgenes determinadas por la profesión y, por tanto, más pequeño, pero de solidez y eficacia máxima; sistema que es el *español de los Montepíos y Mutualidades laborales obligatorias*.

DINAMARCA

Es curioso comprobar cómo son las realizaciones sociales mejor consecuencia de la voluntad puesta en el empeño de su logro, que

de la potencia económica y política del país. A esta conclusión lleva el ejemplo de los pequeños y progresivos países donde lo social constituye obra lograda, y así es, tal vez porque en ellos está el interés de todos los ciudadanos, al propio tiempo que su vigilancia sobre el sistema que cada uno considera como propio.

Al finalizar el año 1949, la revista *Socialt Tidsskrift*, de Copenhague, ha publicado una extensa información que pone de relieve, con copioso acompañamiento de datos numéricos, la labor social que Dinamarca realiza desde 1938 hasta la fecha.

De tales datos se desprende la presencia de un ancho cuadro de Seguridad Social, que prevé contra el infortunio de los daneses en los riesgos de enfermedad, invalidez, vejez, accidentes de trabajo, paro involuntario, maternidad, etc., y viene a extenderse, incluso por zonas más próximas a la Beneficencia, en una labor de asistencia pública que alcanza a ciegos, epilépticos, enfermos mentales, crónicos, tuberculosos, etc., en atención a que las características de sus infortunios tiene difícilmente cabida en los sistemas habituales de previsión.

Esta compleja labor va alcanzando cada vez mayor volumen, que tiene su natural reflejo económico en costes más elevados, que progresivamente y partiendo de los 462 millones de coronas que importaban en 1938-39, llega a 884 millones en 1947-48, y se calcula, aproximadamente, en 1.020 millones para 1948-49. Si bien es cierto que el coste de la vida, al subir a lo largo de este decenio, no hace válida la proporción de estas diferencias, las estadísticas danesas señalan que, a pesar de ello, el índice de gastos sociales adaptado a las variaciones de precios, se elevó desde 100, en la primera fecha, a 117,4 en el pasado año.

Eso es generosa voluntad social, pero como a ella va unida también una recia e infatigable voluntad de trabajo que permite el incremento de las riquezas y rendimientos del país, en proporciones más altas que las que en su proceso siguen los índices de vida, viene a ocurrir que aquella Seguridad Social, que en 1938 suponía un 8,4 por 100 de la renta nacional, y que ha sido superada y enriquecida, en el año 1949 importará solamente el 6,1 por 100 de dicha ren-

ta, a pesar de ser los seguros más numerosos y las pensiones más generosas de día en día.

Dinamarca queda así declarada ejemplo de esfuerzo en el trabajo, escrúpulo en la administración y celo en lo social, al presentar una situación que bien puede considerarse como excepcional, cuando los demás países luchan sin éxito para mantener costosamente un nivel de prestaciones prácticamente estable en la adaptación a los índices de vida y batallan por evitar la quiebra de las Cajas, a cuyo cargo corren los diferentes seguros.

ESTADOS UNIDOS

Un signo de actividad preocupada y laboriosa preside, en lo social, el tránsito de uno a otro año en los Estados Unidos. De ella traemos a colación unas muestras eficaces.

Es la primera, la entrada en vigor, a partir del día 25 de enero, de la ley que eleva los salarios mínimos, modificando su cifra de 40 centavos de dólar por hora, que se eleva a 75. Ahí queda, como medida generosa, implantada además con valentía, pues la ley que la precedió, y a la que deja sin efecto, se impuso remansando en plazos su aplicación, de tal manera que las progresiones de salarios estaban previstas escalonadamente, para elevar, a lo largo de un lapso de siete años, el salario de 25 a 40 centavos hora.

Los jornales de aprendices y menores, especialmente extendidos en las industrias textiles y del tabaco, también corren por carril paralelo y hacia arriba, pasando de cifras que normalmente eran los 35 y los 40 centavos a los 60 y 70.

El impacto — como dicen ahora los economistas — sobre la industria, se vaticina como beneficioso y hasta se espera de él, además de favorecer a las empresas más generosas, que luchaban en competencia con desventaja, que origine, más que un encarecimiento de la vida, una ampliación en la capacidad del mercado interior, que ensanche la posibilidad productiva de la economía norteamericana. Así sea, pues al mundo interesa que ese coloso que se siente llamado a

defenderlo y guiarlo, tenga espaldas anchas, como primer signo visible de una presencia que le permita «pisar fuerte».

* * *

La segunda muestra, arriba anunciada, es la entrada que, tal vez de manera un poco ruidosa, hace Norteamérica en la gran sala de la Seguridad Social. El pensamiento americano es tan profundamente liberal, que huyó de la regulación pautada y de las cuotas obligatorias, y dejó a cada cual la preocupación de defenderse de su propio destino; pero a fuerza de ver a la vieja Metrópoli y a los países donde se piensa que está la primacía intelectual, montar de forma cada vez más compleja la intrincada máquina de la Previsión, no ha podido sustraerse a la tentación de probar, y no contentos con lo aisladamente establecido en algunos contratos colectivos, han establecido ya un sistema de pensiones para una gran rama industrial, la metalúrgica, y respondiendo a cánones nuevos de sencillez y generosidad.

Para hacerlo fué preciso llegar a la huelga y ganarla; lo cual no era ciertamente empresa demasiado difícil, puesto que estaba alentada por algunas empresas, posiblemente la Ford entre ellas, fenómeno nada extraño, pues ella fué, años atrás, en vanguardia, al establecer espontáneamente la jornada de cuarenta horas semanales, declarando que la concesión de este avance era sobradamente compatible con las posibilidades de la industria americana.

El experimento actual ha satisfecho muchas ansias, tantas que promete extenderse a otras ramas industriales, y hasta se hacen cálculos de los miles de millones de buenos dólares que en lo futuro costará a las empresas, a cuyo solo costo corren las pensiones de retiro, con liberalidad elogiabile, puesto que se elevan a cien dólares mensuales a los sesenta y cinco años de edad, los que no son peso tan liviano que pueda llevarselo el viento.

* * *

En gesto de fácil profecía, decía el cronista hace medio año, cuánta sería su extrañeza si se viese fácilmente cambiada la ley de huel-

gas norteamericana, contra la que el actual Presidente dirigió las mejores piezas de su propaganda electoral, debiendo tal vez a esta posición una buena parte de los votos que le prorrogaron su mandato. La adivinación ha sido tan cierta, que es precisamente en estos días de mediados de febrero, cuando el texto de la Ley Taft-Hartley permanece inalterable y se da además el caso de que el Presidente norteamericano, su más acendrado enemigo, se ha dirigido al poder judicial, solicitando la estricta aplicación de sus preceptos, con motivo de los anchos conflictos sociales que ponen en trance de desequilibrio a determinadas industrias norteamericanas.

Así había de ser, porque las bases de subsistencia de un país son más fuertes, y deben serlo, que todas las contingencias ofrecidas a una designación, aun cuando sea para tan alto puesto.

FRANCIA

Se están haciendo en la vecina República ensayos, si no demasiado afortunados, interesantes al menos, en cuanto a la fijación del salario vital; tal parecen las concesiones de primas otorgadas por el Gobierno en los primeros días de noviembre, que habían de pagarse por los patronos a sus trabajadores, en cantidad de 3.000 francos por aquel solo mes, si sus percepciones eran inferiores a 12.000 francos en ese período, y en la cuantía necesaria, hasta completar los 15.000. si, sin llegar a éstos, superaba al tope anterior.

La prima tenía el doble carácter de ser única y excepcional.

Ocurrió después que, combinando este precedente, que se quiso dejar sentado como precepto de obligar para lo futuro —y que, podemos añadir por nuestra cuenta, llegará a serlo— con la aspiración de retorno pleno al régimen de convenciones colectivas y libertad en la fijación de salarios, formóse con el conjunto una pancarta de huelga, cuya fecha se señaló en el 25 de noviembre. Es posible que el acontecimiento no constituyese un pleno éxito para sus promotores, pero no puede negarse que prácticamente casi paralizó la vida de las grandes ciudades, y especialmente de París, en las que la falta de comar-

nicaciones dió pretexto a los más voluntariosos para justificar su ausencia de los centros de trabajo. Y así fué como unos y otros, y con razón por ambos lados, pudieron afirmar tanto que la huelga fué un éxito, como que constituyó un fracaso.

* * *

La Asamblea Nacional Francesa encontróse puestas a su balcón, en la noche del 5 de enero, las betas de los sindicalistas franceses en las que, cubriendo el papel benéfico de Papá Noel — ¡lástima que no sepa más a bíblico, como nuestros Reyes Magos! —, dejaron como presente una Ley fundamental.

Ventílanse en ella muchas de las peticiones planteadas en la huelga antes comentada. A sus preceptos quedan sujetos los trabajadores por cuenta ajena en su acepción más amplia, salvo los de empresas nacionalizadas, los funcionarios públicos y los marinos mercantes, previéndose para estos últimos el dictado de una ley especial.

Caballo de batalla venía siendo el de la libre fijación de los salarios, como llevamos dicho. El criterio sentado es el de que el señalamiento de los salarios mínimos garantizado, queda reservado al Consejo de Ministros, con audiencia de los de Trabajo y Economía Nacional y, por si fuera poco, de la Comisión Superior de contratos colectivos. No se atrevió, pues, la disposición a establecer el tipo mínimo vital de 15.000 francos mensuales, lo cual ciertamente tampoco hubiera sido sorpresa, después de los intentos de dos meses antes.

Y como trazo final de la norma que se comenta, añádase que el arbitraje en las cuestiones laborales, que el Gobierno hubiera visto con gusto declarado obligatorio, no lo ha sido, permaneciendo como meramente facultativo, con lo que ha quedado abierta la vía al «lockout» y la huelga, entre la complacencia de la derecha y la izquierda, a las que ha quedado expedita la válvula de escape de las pasiones.

GRAN BRETAÑA

Honradamente ha de confesarse que, cuando la máquina teclea para escribir estas notas, está ya cantada por la radio la mínima victoria laborista obtenida; pero, sinceramente, ha de decirse que las palabras que se transcriben y adaptan a esa cronología están trazadas días atrás. Dicen así:

Todos sabemos cómo son propicios al error los vaticinos políticos. Difícil es aceptar un papel profético cuando, el que más, de los directamente interesados en la contienda, presume escasamente el triunfo de su propio sector, sin ocultar la posibilidad del éxito ajeno. La opinión, dudaba entonces al predecir y acaso la masa neutra, que con su voto tenía que decidir ésta, como todas las elecciones, tampoco había formado todavía su decisión en favor de unos u otros; seguramente por ello la propaganda fué hasta el final tan intensa.

El votar es un hecho simple, pero hijo de un pensamiento complejo. Si las elecciones inglesas hubieran tenido que responder a un signo exclusivamente político, es seguro que el triunfo sería ampliamente conservador. Si la razón de la elección fuera la calificación de la acción económica, es más seguro todavía que los «torys» habrían conseguido la ventaja...

Pero, ¿y si la votación responde esencialmente al futuro social del país?

Ante esta posibilidad, muy dable en tiempos que se corren hacia metas de muy distinta índole, pero de las cuales interesan principalmente las que resuelven el vivir de cada día, no tiene nada de extraño que las soluciones ofrecidas se ventilen de otra manera.

Es verdad que el inventario político de la gestión laborista de los últimos cinco años es harto desfavorable: desmembración del Imperio, pérdida del rango de primera potencia —quedó hoy reservado a los países que se designan con siglas: U. R. S. S. y EE. UU.—, disminución de la influencia universal y el prestigio político, fracaso de los gestos de amistad ofrecidos a los soviets, etc.

Es verdad también que en el orden económico no pueden los laboristas presentar mayores aciertos: desmesurado crecimiento frente

a todas las restricciones de los presupuestos, política de nacionalizaciones causantes de pérdidas fabulosas y progresivas, disminución del crédito internacional, aumento del coste de vida y desemboque ruidoso en la desvalorización de la libra... con más todos aquellos extremos que puedan aducir quienes, mejor que el cronista, conozcan la evolución inglesa del último lustro.

Pero queda una verdad por investigar todavía. ¿Ha hecho alguien el inventario de lo social en la contemporánea Inglaterra? ¿Qué ha ocurrido en el terreno de lo social durante esta última etapa? Y, sobre todo, hay que pensar que cada hombre —que es un ser imaginativo fundamentalmente, aunque sea inglés— puede discurrir. ¿Qué hubiera ocurrido en lo social bajo el mandato de un Gobierno conservador? Y así, en un examen de dos columnas, de lo que pasó y de lo que pudo haber pasado, muchos británicos habrán decidido el color de su papeleta.

Y ellos saben que el mundo vive hoy peor que antes de estallar el gran conflicto mundial; pero saben también, que en ese retroceso las clases trabajadoras han llevado allí la parte menos mala, y su individual tenor de vida no ha bajado, ni mucho menos, al mismo ritmo que la del país. Saben también que una política de salarios hábil ha enjugado, si no con exactitud, sí con aproximación, las diferencias entre los índices de salarios y los índices de vida. Tampoco ignoran que un complejo sistema de Seguridad Social ha sido construído, como una malla que proteja a cada inglés, de las consecuencias materiales del infortunio, y por si ello fuera poco, acallan los comentarios que los defectos de éste, como de cualquier otro sistema, pudieran motivar, con el razonamiento de que su perfección es tal, que ha sido capaz de cambiar en el mundo entero hasta el nombre de una política y una técnica, que antes se llamaba de «Previsión Social» y ahora, por seguir lo nomenclatura británica, califican todos de «Seguridad Social»...

Y juntamente con estas ventajas materiales de lo social, hay otras morales que son pura satisfacción interna, como la oportunidad brindada a cada trabajador británico, por ser sindicado, de dejar oír su voz a través de sus organizaciones obreras, sobre las más fundamentales decisiones, y así los trabajadores han hecho ostensible su hostilidad

a la U. R. S. S. al acordar la escisión de la Federación Mundial de Sindicatos y han rubricado la política económica del Gobierno, al aprobar el bloqueo de salarios...

Capítulo sobre capítulo se ha estimado en más lo social que lo económico y lo político conjuntamente, y se han perdonado los fallos en esto frente a los aciertos en lo otro, y así la masa trabajadora ha votado al laborismo, acaso con dolor al pensar en su desacierto político, pero por el deseo de «conservar», aun cuando parezca una contradicción.

MARCELO CATALÁ